

**PARA UNA AUTENTICA RENOVACIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA.
EN TORNO A LA *EVANGELICA TESTIFICATIO***

En la última parte de la Exhortación Apostólica “Evangelica Testificatio”, titulada “Llamamiento final”, el Papa Pablo VI aborda seis temas de los cuales el primero es:

Para una auténtica renovación de la vida religiosa

Es un párrafo fundamental pues toca un problema que estamos viviendo, sufriendo, gozando, pensando. Hoy nadie pondría como ideal el “inmovilismo”, ya sea en materia de costumbres, ya en materia de normas. Cada tiempo, cada circunstancia, tiene sus exigencias. La carta dice:

“La vida religiosa, para renovarse, debe adaptar sus formas accidentales a algunos cambios que atañen, con una rapidez y una amplitud crecientes a las condiciones de toda la existencia humana”.

Conviene reflexionar sobre estas palabras: debe adaptar. No dice: puede, sino: “debe”, por lo tanto el esfuerzo de adaptación no es facultativo, sino un deber impuesto por la Iglesia.

Y ¿qué es lo que hay que adaptar?

Esta es la pregunta más difícil. Sabemos bien que se han dado en palabras y hechos las respuestas más diversas. El Papa responde de la siguiente manera: “Las formas accidentales”. No es, pues, lo sustancial lo que debe cambiarse, sino las cosas accidentales, que son las que responden a los estilos, modalidades de las épocas y los lugares. Y es por eso que cada época debe repensar sus “formas accidentales”. Diría san Benito: No se preocupen los monjes por la tosquedad de sus hábitos, ni de su color, porque deben ser de las fábricas del país en que viven y los que se puedan comprar con más conveniencia.

Para una adecuada renovación, algunas formas accidentales pueden y -según Pablo VI- deben cambiar. Pero esos cambios no son porque los monjes o los religiosos se cansaron de una determinada actividad o estilo. Esto puede suceder: se cambia por cambiar. Se cambia por hastío, por cansancio de las cosas. El cambio debe estar, motivado porque la realidad del Instituto y la realidad del mundo se han desentendado: el mundo usa luz eléctrica, el instituto usa luz de vela desde el siglo IX, entonces aun cuando se haya establecido cuantas velas debe tener cada lugar de la casa, esa legislación no puede seguir vigente, pues si el legislador viviera en este momento, habría ordenado o dispuesto otra cosa, no luz de velas. Pero al modificar una cosa accidental, al cambiarla por otra, es absolutamente necesario no perder la identidad. Dice el texto:

“Para un ser que vive, la adaptación a su ambiente no consiste en abandonar su verdadera identidad”.

Hay que tener en cuenta con qué finalidad nació un Instituto, así, los cambios que se introduzcan, de estilo de vida, de distribución del tiempo, de organización interna, deben responder a la posibilidad de que los miembros de esa Congregación puedan cumplir con su misión específica. Y si algún cambio lo obstaculiza, entonces ese cambio va contra la identidad de la Institución.

Hoy se habla mucho de “identidad”, de la búsqueda de la identidad, y algunos parecen estar buscando lo que son, “el propio ser”. Tal vez, lo que hoy nos compete buscar, son los medios y aquello que refleje mejor lo que ya somos, que expresen mejor dentro y fuera de la comunidad “nuestro ser”.

¹³ Abadesa de Santa Escolástica.

Para nosotros monjes, es exacto. No se trata ahora de averiguar “qué es un monje”, se trata de expresarlo de tal manera que no falte en nuestra vida nada de lo que es esencial en la Regla, y según la escala de valores que la misma establece.

Cabe otra pregunta: ¿Cómo hacer para que a la vez que uno hace los cambios necesarios, no se pierda la “identidad”? El Papa señala el método:

“La profunda comprensión de las tendencias actuales y de las exigencias del mundo moderno, debe hacer que vuestras fuentes broten con renovado vigor y frescura”.

Es decir, que por una parte, en nuestra existencia concreta debemos estar bien impregnados de las fuentes, bien identificados: con la Regla, con el pensamiento del fundador, con la tradición viva, Y por la otra perfectamente abiertos a comprender nuestro mundo y nuestra hora actual. Una persona o una comunidad que viva así, no tendrá dificultad en establecer los cambios necesarios y los hará como algo que resulta exigido desde dentro y no por presión desde fuera o por snobismo.

El párrafo siguiente continúa el pensamiento de lo expuesto. Se titula:

Necesidad de testimonio evangélico en el mundo de hoy (52)

El Santo Padre plantea dos preguntas apremiantes sobre cómo hacer penetrar el mensaje evangélico en la civilización de las masas. Millones de hombres, de sectores humanos no son evangelizados. Esta es la gran pasión de la Iglesia, su gran intención, su gran trabajo, su gran dolor. No podemos permanecer indiferentes aunque nuestra intervención no sea directa. Todo lo contrario. Escuchemos lo que dice el Santo Padre:

“Vosotros debéis seguir con ojos bien abiertos las necesidades de los hombres, sus problemas, sus búsquedas...”.

No es vana curiosidad, es amor, es inquietud por la extensión del Reino. Para nosotros suele ser más difícil equilibrar, orientar bien este “seguir con los ojos bien abiertos”. Pues, o nos cerramos egoístamente, o caemos en el deseo de conocer por curiosidad el panorama del mundo. Creo que un contemplativo -si lo es de veras- tiene una manera muy distinta de leer o escuchar una noticia: no necesita saber lo que pasa; si quiere conocer los acontecimientos, es para hacerse cargo de ellos, para asumirlos en la fe, esperanza y caridad, y si es necesario dar la vida.

Este es nuestro testimonio en el mundo de hoy. Pero quisiera hacer notar el equilibrio profundo de este párrafo: Por una parte, los religiosos deben conocer “con los ojos abiertos” el mundo de hoy, en toda su realidad. Mas para que este conocimiento sea eficaz debe ir unido a lo que él coloca entre signos de interrogación:

“¿Cómo cumplirla (tal misión) si falta ese gusto de lo absoluto que es fruto de una cierta experiencia de Dios?”.

Sí, hay que tener los ojos bien abiertos para ver el mundo, pero también bien abiertos para ver a Dios. De lo contrario no se entiende nada y se entra en esta especie de torrente impetuoso que es la humanidad, sin posibilidad de darle sentido, al contrario, se es tragado por él. Cuanto más se leen noticias o cuanto más se sabe de la vida mudable de los hombres, tanto más se debe querer tener la experiencia de la vida inmutable y absoluta de Dios, Creo que esto es fundamental para los religiosos de vida activa, pero también lo es para nosotros.

El tercer párrafo de este capítulo se titula:

Testimonio viviente del amor del Señor (53)

Continúa el tema del “testimonio” comenzado en el párrafo anterior. Esta palabra tuvo su hora, su

auge, ahora se la oye menos. No obstante se la use, se la gaste o se la calle, es una hermosa palabra, y se la debe identificar totalmente con la vocación religiosa.

¿Qué es ser testimonio? Es transparentar algo que se desarrolla en un plano oculto e interior,, Es manifestar por superabundancia algo, Y es el fruto de una total sinceridad de vida y de un compromiso que toma todo el ser, Y ¿qué es eso que se transparenta, que se hace “visible” a los demás como la estrella de Epifanía? Pablo VI lo dice en dos palabras:

- “que hemos creído en la Palabra del Señor, en su resurrección y en la vida eterna”;
- “que estamos animados de un amor sin límites”.

Sólo así somos testigos de Jesucristo, como lo fueron Pablo y Juan que dicen: “Damos testimonio de lo que oímos y vimos...”. O la vida religiosa da al mundo testimonio de Jesucristo o no tiene sentido. Pero no creamos ingenuamente que por el hecho de ser religioso o pertenecer a ese estado, ya se da testimonio. Se puede estar en un monasterio y no llevar vida monástica. Se puede pertenecer a un congregación y ser incluso un religioso “bueno”, sin ninguna cosa escandalizable y, sin embargo, no ser realmente un testimonio. Es por ello que después de todas estas cosas tan hermosas que nos ha dicho el Papa, se pone de pronto severo; es necesario leer sus palabras con detención:

“Ha llegado el momento de esperar con la máxima seriedad una rectificación de vuestras conciencias si fuere necesario, y también una revisión de toda vuestra vida, para una mayor fidelidad”.

Ha llegado el momento, dice el Santo Padre, y añade que espera dos cosas:

1. “La rectificación de nuestras conciencias”

Se trata siempre del testimonio, es decir, que la Iglesia espera que hagamos una verdadera conversión en nuestras conciencias. Detengámonos ante Dios con esta palabra “rectificar el corazón, la conciencia”. Tiene un corazón recto el que ha “enderezado sus caminos”. San Benito lleva a través de su Regla a un doble trabajo: a la conversión por la penitencia, a la dilatación por el amor y la oración. Estos dos movimientos juntos, integran la pureza, la rectitud de corazón.

2. “Revisión de toda nuestra vida”

Creo que las palabras “toda nuestra vida” hay que entenderlas en tiempo presente. El hoy y aquí. Este es el objeto de los días de retiro, de los exámenes de conciencia, de nuestra mirada objetiva, serena, purificada sobre toda nuestra vida.

Pero esta revisión no es sólo personal, no constituimos una colonia de ermitaños. Es revisar toda nuestra vida monástica comunitaria. Y hacerlo con “máxima seriedad”. Cuando el Papa nos dice que “revisemos” toda nuestra vida, debemos hacerlo como personas llamadas a la santidad, como personas adultas, nobles, serias, corresponsables, como hijos de Dios. Pensemos que aquí el Santo Padre sugiere un método para llegar al testimonio y nos apremia a no dejarlo para mañana. Dice: “Ha llegado el momento”.

Y como bajo la emoción de tan alto llamado, el Papa nos entrega el párrafo 54 lleno de paternal afecto, es una página grandiosa que titula:

“Llamado a todos los religiosos y religiosas” (54)

Es un llamado de quien nos contempla como el Señor cuando llamaba a sus discípulos “pequeña grey”. La frase clave es:

“Conservad la sencillez de los más pequeños del Evangelio”.

Este es el primer objeto de la rectificación de nuestra conciencia y de nuestra revisión: buscar,

conservar, acrecentar la sencillez de los más pequeños, humildes. Seguir con fidelidad el consejo del Papa:

“No busquéis entrar a formar parte de aquellos sabios y prudentes, cuyo número tiende a multiplicarse, para quienes tales secretos (los del reino) están escondidos”.

La misma Iglesia nos ha impulsado hoy a la promoción, al desarrollo, aun dentro de los conventos. Pero todo ello no debe animar la ambición de ser importante, sabio, rico. Hoy es una verdadera tentación de los religiosos. Todos queremos ser “una gran cosa”, tenemos casi horror a la infancia espiritual. Nos parece que eso nos puede hacer perpetuos niños, “inmaduros”. Es que confundimos las cosas psicológicas con las espirituales (del Espíritu Santo).

Nadie nos pide “volver al seno materno” y si la vida religiosa fuera eso estaría mal, no daríamos testimonio. Pero se nos pide humildad y sencillez que jamás es niñería. Qué importante es que el Papa nos pida esto en el momento en que “volverse como niños” está muy lejos de ser una aspiración personal y de las mismas instituciones.

Cuando todo el mundo aspira a ser rico, atener más, a ser más, a levantar su torre humana hasta el cielo, el Papa nos dice:

“Sed verdaderamente pobres, mansos, hambrientos de santidad, misericordiosos, puros de corazón; sed de aquellos, gracias a los cuales el mundo conocerá la paz de Dios”.

Salta a la vista que el programa que nos propone es el de las Bienaventuranzas: programa de sencillez. Qué gracia sería si cada comunidad tuviera esa característica en la hora actual: optar por las Bienaventuranzas, optar por la sencillez; hacer de la sencillez nuestro estilo, lo más característico de nuestra comunidad. Nos exigirá un esfuerzo, pues los seres humanos no nacemos simples y, a medida que crecemos buscamos complicarlo todo. Y a veces nuestra vida nos favorece esta innata tendencia a ser complicados.

San Benito, en cambio, hace girar la vida monástica sobre la humildad, la sencillez, la pureza de corazón, la paz, la mansedumbre, o sea, sobre todas las Bienaventuranzas.

Tomemos el Evangelio, tomemos la Regla, tomemos las palabras del Papa y sentiremos la urgencia de edificar nuestra vida monástica sobre la humildad y sobre la infancia espiritual. Creo que este párrafo 54 junto con el 53 son los más fundamentales, como los puntos neurálgicos de la *Evangelica Testificatio* y, tal vez, los más personales del Papa. Se lo siente presente hablándonos a nosotros. Pensemos en el testimonio poderoso, elocuente, de una persona sencilla, evangélicamente sencilla y sencillamente evangélica. Cuando el mundo encuentra un hombre así, o una mujer así, los sigue y va hasta donde está el Maestro, el Mesías: “Ven y verás, hemos encontrado al Mesías”.

El título siguiente dice:

“Irradiación fecunda de nuestro gozo” (55)

Comienza hablándonos de la alegría de pertenecer a Jesucristo, Y dice que esa alegría es “un incomparable fruto del Espíritu Santo”. Sólo las almas llenas del Espíritu Santo, que viven una intensa vida de gracia, experimentan este gozo. Es puramente interior. Alegría de ser de Dios. ¿Quién puede describirla? Es superior a todas las alegrías, y es la que el mundo no puede arrebatarse. Y dice Pablo VI que esta alegría será para todos la prueba de que el estado de vida escogido por vosotros os ayuda... a realizar la máxima expansión en Cristo”.

El Papa concluye este párrafo 55 recordando que esta alegría, signo de plenitud interior, es la mejor “campaña de vocaciones”. La alegría no es el objeto de un propósito, es un fruto. Pero un fruto indefectible de los santos, de las almas interiores, del Espíritu Santo. Por eso, aun en medio de las más serias contradicciones, los sencillos y pobres siempre estarán alegres porque el Espíritu Santo inhabita en ellos, los invade.

Termina la exhortación con el párrafo:

“Oración y María” (56)

Como continuando el tema anterior dice:

“Que la Madre amadísima del Señor, bajo cuyo ejemplo habéis consagrado a Dios vuestra vida, os alcance, en vuestro caminar diario, aquella alegría inalterable que sólo Jesús puede dar”.

Ya otras veces con ocasión de fiestas de la Sma. Virgen, Pablo VI, ha recordado a los religiosos la alegría. Aquí hay un matiz, un detalle importante: “En vuestro caminar diario”.

Deberíamos tener la preocupación de la alegría como un objetivo que debemos alcanzar, pero de esa alegría que es fruto del Espíritu Santo (*Ga 5,22*), Es fácil estar alegre un día, una semana, pero el llamado de la Iglesia no se limita a ciertos momentos, dice: “en vuestro diario caminar”. Y añade un matiz más: “alegría inalterable”. ¿Quién puede decir que ya lo ha logrado? Sin embargo no es imposible, más aun, es una obligación para nosotros. La alegría, además de sana, fecunda y apostólica, es la más grande caridad para con nuestros hermanos. Pero hay todavía una raíz más que no podemos omitir: esta alegría “sólo Jesús la puede dar”. Ningún éxito, ningún trabajo, ninguna plenitud humana nos podrán dar esa “inalterable alegría que da testimonio -paradójicamente- de la seriedad de nuestra vida. Sólo Jesús nos la dará”.

Toda nuestra vida es pascual. Y bien, la Pascua es esta irrupción de la alegría y de la paz de Jesucristo en nuestras vidas liberadas del pecado, de la muerte y de la ley. Una de las cosas más positivas de nuestra convivencia fraterna, es ayudarnos a vivir en la alegría pascual. Nunca dar a otro falsa alegría, pero tampoco equivocadamente, quitarle esa alegría. A veces uno debe, en sinceridad, entristecer a un hermano. Será legítimo si así lo libera de ataduras de pecado, y por lo tanto lo lleva más sincera y rectamente a Dios, a la alegría de Dios. Nuestra vocación es cantar las alabanzas del Señor, proclamar la salvación a todos los hombres cantando, alabando. El canto es siempre la expresión de un alma libre, ya que el salmista decía que es imposible cantar en “Babilonia”.

Nuestro sentido es “cantar” con nuestras vidas que creemos en Jesús, que hemos sido salvados, que en adelante ya no hay llanto, ni preocupación que nos pueda quitar esta alegría que Jesús prometió en su última cena. Sin duda que esa “inalterable alegría” no es equivalente a una sonrisa estereotipada o a explosiones de euforia. Es otra cosa. Es una dilatación interior que hace que adentro todo cante. Y el canto sale entonces por los ojos, en la expresión del rostro, en la voz, en las cosas que se dicen, en las que se piensan o se comentan. Todo se tiñe de canto, de dilatación, de paz, de plenitud.

La alegría es la gran herencia pascual. Por eso Jesucristo lo cura a Tomás de su melancolía desconfiada: “Mete aquí tu mano y no seas incrédulo”. El único que puede dar la “alegría inalterable” es Jesús, la Pascua de Jesús, la experiencia de la Pascua de Jesús.

Una comunidad alegre no es la que tiene más repertorios de cantos, chistes y hace reír a las visitas y se divierte. No, eso es un síntoma de ingenio, de cultura, de chispa. El termómetro acusa en otra parte: en el “diario caminar”, como dice el Papa. Si en ese diario caminar, uno no se indigna, no se enoja, no se aburre, no protesta... si así son por lo menos la mayor parte de los miembros, entonces esa comunidad es alegre, vive la alegría del diario encuentro pascual con Cristo. Y eso es tan grande, tan inmenso, tan pleno, que todo lo demás es nada por más importante que sea.

Por eso el Papa nos remite a la Sma. Virgen como modelo y como intercesora. Ella vivió de la Encarnación, de la Resurrección y de Pentecostés. Esto fue su vida, su respiración, y por eso su alma cantó en nombre de la Iglesia la acción de gracias. Cuando cada día cantamos el Cántico de la Virgen pidámosle a Ella que nos dé, que nos alcance, que nos comunique esa alegría que le valió el elogio “Bienaventurada tú porque has creído” (*Lc 1,45*). Por eso, casi inmediatamente dice Pablo VI:

“Hijos e hijas amadísimos: que el gozo del Señor transfigure vuestra vida consagrada”.

Transfigure. Muchas veces se oye decir que una persona está transfigurada. De ordinario se quiere significar que esa persona está distinta, irreconocible. Exactamente eso es lo que la Iglesia espera de cada uno de nosotros: un cambio tan grande en nuestra vida, que seamos irreconocibles por aquellos que nos conocen por fuera y más profundamente.

Pero este cambio, esta transfiguración, debe ser operado por el “gozo del Señor”. Quien entra en el gozo de Dios, ése llevará en su rostro, como Moisés, la gloria de Dios (*Ex 34-35*); y esa gloria de Dios irradiando en nosotros dará testimonio de la sinceridad de nuestras vidas. Es interesante notar cómo en este párrafo relativo a María, Pablo VI habla de dos temas: la alegría y la fecundidad. Es que ellas se implican y son lo más característico de la Ssma. Virgen.

Dice el Papa:

“Que vuestra vida, siguiendo su ejemplo, logre dar testimonio de aquel amor maternal con que es necesario estén animados todos aquellos que, asociados en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres” (LG 65).

El Santo Padre nos habla de nuestra participación en la “misión apostólica de la Iglesia”. Es bien importante recordar esto, sobre todo en nuestro caso de monjes no dedicados al apostolado activo. Es posible que nuestros días transcurran sin pensar que participamos de esa misión y que nos debe devorar el hambre y la sed de la salvación de los hombres. Se habla muy poco del apostolado, en cambio se habla más del testimonio. Pero el testimonio está en función de un apostolado, es un mostrar en la propia vida a Jesucristo, para que los hombres “viendo, crean”.

Sufrimos por la pobreza y carencias de los hombres, y debe ser así, pero no sufrimos tanto por su enemistad con Dios; en general nos excusamos ante nosotros mismos diciendo que Dios es amor y por lo tanto, salvará a todos los hombres, aun cuando nadie los evangelice, etc. etc. En cambio san Pablo dice: ¡Ay de mí si no evangelizare! Y el P. Voillaume en su libro: “La vie religieuse dans le monde actuel” dice: “a la primera persona que hay que evangelizar es a uno mismo: Evangelizarse”. Es verdad. La Ssma. Virgen estaba totalmente “evangelizada”, ella tenía una total docilidad a la palabra de Dios, y Él despertó en ella un amor maternal extraordinario al contacto con Jesucristo. Debemos llevar como la Virgen en la encarnación al Cristo total en nuestro corazón, y esa responsabilidad consciente nos desarrollará en nuestro “amor maternal” y seremos fecundo.

Al finalizar esta exhortación se nos dice con toda claridad que la fuente de la fecundidad es el amor:

“Hijos e hijas amadísimos: que... vuestra vida consagrada sea fecunda por el amor”.

Sólo el amor es capaz de dar la vida, de evangelizar. Hay horas y días, a veces largos períodos que experimentamos nuestra esterilidad, nos parece que nuestra vida queda encerrada en nosotros mismos sin proyectarse sobre nadie. Puede ser esto una prueba de fe, una prueba de Dios que quiere hacernos caminar en el desierto, pero puede ser también una realidad. En uno y otro caso es menester que analicemos nuestro amor. Que miremos nuestro corazón para ver si él es un corazón que arde, un corazón lleno del amor de Dios como estuvo el de la Ssma. Virgen. Como ocurre con la alegría, sucede con el amor. Brota en nuestros ojos, en nuestras palabras, en nuestra oración, en nuestras actividades, en nuestra relación fraterna. Él se irradia como se irradia el fuego y la luz. El amor lo es todo y sin el amor, todo es nada. El valor de una vida está en su amor y “en la tarde de la vida seremos juzgados por el amor”, dice san Juan de la Cruz.

Alegría y amor recibidos de manos de la Ssma. Virgen y a invitación suya; es el mensaje final de esta admirable carta. Que María Santísima nos ayude a no dejar caer estas palabras en tierra pedregosa o a sofocarla entre espinas, sino que nos ayude a recibirlas con un corazón bueno y paciente para así dar mucho fruto.